

# KANSAI GAIDAI UNIVERSITY

## Estudio teórico-práctico sobre “Amor y pedagogía” , de Miguel de Unamuno

メタデータ	言語: spa 出版者: 関西外国語大学・関西外国語大学短期大学部 公開日: 2016-10-17 キーワード (Ja): キーワード (En): 作成者: Blanco Cendón, Fernando メールアドレス: 所属: 関西外国語大学
URL	<a href="https://doi.org/10.18956/00007704">https://doi.org/10.18956/00007704</a>

# Estudio teórico-práctico sobre “*Amor y pedagogía*”, de Miguel de Unamuno

Fernando Blanco Cendón

## Abstract

En este estudio sobre la segunda novela de Unamuno, “*Amor y pedagogía*”, realizo primeramente un análisis de los planteamientos pedagógicos que aparecen en la novela, teniendo siempre en mente que se trata precisamente de eso, de una novela, y no de un ensayo filosófico.

Examino a continuación el conflicto que Unamuno presenta entre amor y pedagogía, para pasar a establecer el propósito de Unamuno al escribir esta obra; y queda demostrado que en ella Unamuno realiza una crítica mordaz del cientifismo decimonónico.

Finalmente, intento un examen sobre la actualidad de la obra y sostengo, y creo demostrar, que la crítica unamuniana tiene validez actual y nos pone en guardia frente a la hipervaloración de que goza la mentalidad científica en nuestros días a la hora de formar o educar personas.

**Keywords:** amor, pedagogía, cientifismo, Unamuno

## 1. Síntesis del argumento

En 1902 publica Unamuno su segunda novela con el título *Amor y pedagogía*<sup>1)</sup>. El argumento de la novela, de sobra conocido, puede sintetizarse como sigue: Avito Carrascal, “joven entusiasta de todo progreso y enamorado de la sociología” (317), está convencido de que pueden “hacerse genios mediante la pedagogía sociológica” (317): “Tómese un niño cualquiera, digo, tómesele desde su estado embrionario, aplíquesele la pedagogía sociológica, y saldrá un genio” (318).

A fin de llevar a la práctica sus teorías decide casarse y tener un hijo: Apolodoro, de cuya educación para genio se encargará al alimón con el filósofo don Fulgencio Entrambosmares.

Pero el experimento acaba en fracaso. Apolodoro crece en medio de una fuerte tensión entre las directrices pedagógicas de su padre y las experiencias amorosas de su madre, tensión que se verá acentuada por los flexibles consejos de un condescendiente don Fulgencio. Apolodoro sufre un fracaso profesional, como escritor, y un desengaño amoroso, que le llevan a tomar la determinación de quitarse la vida.

## 2. Planteamientos pedagógicos

Avito Carrascal se propone crear un genio. El proceso educativo para lograrlo debe estar fundamentado en los últimos descubrimientos de la sociología y de la pedagogía, y debe ser guiado por ellos. Avito se propone alcanzar su objetivo siguiendo un método científico infalible.

El primer paso que debe seguir es la adecuada elección de la madre y para ello Avito traza “los caracteres antropológicos, fisiológicos, psíquicos y sociológicos que la futura madre del futuro genio ha de tener” (319). Es como un experimento eugenésico, pero a medias porque se da por sentado que el padre es adecuado, no se elige, se da por supuesta la idoneidad del padre, pues Avito ha logrado “enderezar con la reflexión todo instinto y hacer que sea en él todo científico. Anda por mecánica, digiere por química y se hace cortar el traje por geometría proyectiva” (317). Pero este primer paso supone ya un primer tropiezo, pues Avito no elige a la mujer que cumple esos requisitos para madre del genio tan sesudamente establecidos por él mismo, la elección no la hace siguiendo los dictados de la razón, sino que sigue el impulso de su corazón. El experimento, así, está viciado *ab initio*, no puede salir bien; parece que desde el principio se nos hace ver que la cosa acabará mal. Da la impresión de que Unamuno no está convencido del éxito, de que escribe contra su personaje Avito.

El paso siguiente consiste en llevar un riguroso y correcto control del proceso de gestación, porque “la educación empieza en la gestación... ¿qué digo? en la concepción misma” (329) y así Avito obliga a su mujer a comer alubias para abastecerse de fósforo, la lleva al museo, pretende llevarla a la ópera pero se conforma con meter en casa un aristón. “La mujer se deja hacer; come alubias a todo pasto, escucha biografías de grandes hombres según don Avito, mira cuadros, oye música...” (327)

Cuando nace el niño, el padre lo pesa, mide su volumen (aplicando de forma un tanto drástica el principio de Arquímedes), lo talla, le toma el ángulo facial, etc. “La casa está dignamente provista para recibirlo; techos altos, como ahora se lleva, iluminación, aereación, antiseptia. Por todas partes barómetros, termómetros, pluviómetros, aerómetro, dinamómetro, mapas, diagramas, telescopio, microscopio, espectroscopio, que adondequiera que vuelva los ojos se empape de ciencia; la casa es un microcosmos racional.” (330-331)

Al recién nacido, Avito le da el nombre de Apolodoro (don de Apolo), nombre griego “por ser la lengua griega la de la ciencia” (331) y le somete a un duro y frío proceso de aprendizaje: le pincha con una aguja para estudiar los reflejos, le hace asirse al palo de la escoba y lo levanta, le pone una vela ante los ojos para que la siga, hace ruido para llamar su atención, etc. “Y

Apolodoro va aprendiendo, bajo la dirección técnica de su padre, el manejo del martillo de su puño, de las palancas de sus brazos, de las tenazas de sus dedos, de los garfios de sus uñas y de las tijeras de los recién brotados dientes.” (335)

Además, Avito “se dedica un rato todos los días a frotarle bien la cabeza por encima de la oreja izquierda para excitar así la circulación en la parte correspondiente a la tercera circunvolución frontal izquierda, al centro del lenguaje, pues algo de la excitación ha de atravesar el cráneo y ayudar al niño a romper a hablar.” (336)

Tras el destete viene la alimentación regulada: escrupulosamente a su hora, debidamente pesada y rica en fósforo (alubias). Cuando el bebé empieza a andar, Avito pone los medios físicos para estimular su autonomía, y cuando comienza a hablar, a balbucear más bien, intenta hacer un seguimiento científico buscando desentrañar el significado de las misteriosas palabras que el niño pronuncia.

Avito toma como guía pedagógico a don Fulgencio Entrambosmares. Este filósofo extravagante explica a Avito la metáfora de la vida humana como teatro, en el que todo está escrito, pero donde podemos y debemos meter nuestra “morcilla” como única concesión al indeterminismo. Y así le resume al padre la función que le corresponde: “Prepararle para su morcilla ha de ser la labor pedagógica de usted.” (340)

Entre ambos planean “la educación del niño, cuyo principio consiste en que lo vea todo, lo experimente todo, de todo se sature y pase por todo ambiente...«Intégrese, intégrese en busca de su morcilla», repite el filósofo. Pero todo debidamente explicado, con su glosa y comentario científico.” (341)

De manera que podemos decir con Cifo González que tanto en los planteamientos educativos de Avito como en la teoría filosófica de don Fulgencio, pedagogía y ciencia aparecen unidas. (2003: 21)

Pero de modo un tanto diverso. Los dos “pedagogos” no coinciden en todo; y estas discrepancias le plantean a Avito serias dudas acerca del éxito de su experimento. Don Fulgencio es partidario de que el niño sea niño, de “dejarle”, dejarle incluso que cante cosas sin sentido (mientras Avito preferiría tal vez que cantase la tabla de multiplicar), porque entiende que no puede ser pedagogo “quien no recuerda su niñez” y que “solo con nuestra niñez podemos acercarnos a los niños” (346). Es por ello por lo que insiste en que vaya a la escuela, a que se socialice; Avito, a pesar de ser contrario porque allí no enseñan “más que disparates” (352), cede ante don Fulgencio, pero se promete a sí mismo que aunque vaya a la escuela lo instruirá él personalmente: “Se decide a enseñarle a hablar, a leer y a escribir como se debe”

(349), lo cual hace suponer que en la escuela no lo hacen; también le pone a aprender dibujo “para que adquiriera el sentido de la forma” (350).

En este proceso de instrucción personal Avito incorpora las visitas culturales (al museo de historia natural, a la policlínica del doctor Herrero) y los paseos al aire libre, “paseos a diario, pues es paseando como mejor le instruye” (350)<sup>2)</sup> (el caso de la ley de la gravedad, entre otros). “De paseo llevan la brújula para orientarse, y algún día el sextante para tomar la altura del sol, y termómetro, barómetro, higrómetro, lente de aumento.” (351)

Apolodoro, por su parte, es consciente de que su padre lo tiene asaeteado con un “enjambre de ideas, ideotas, ideítas, idezuelas, pseudo-ideas e ideoides” (363) y también estudiará por su cuenta (ley de la herencia, concepción del universo, etc.), en algunos casos como forma de hacer los deberes que le impone su padre.

Esto es todo lo que en la obra podríamos calificar de pedagogía, demasiado poco para justificar el rimbombante título de la novela. En ningún momento nos dice Unamuno qué es lo que él entiende por pedagogía, ni nos aclara más en qué consiste esta, ni explicita más cuáles sean sus planteamientos educativos. Y es que, en última instancia, se trata de una novela y no de un ensayo filosófico.

### 3. Conflicto con el amor

Está claro desde el principio de la novela que el amor se atraviesa en el camino de la pedagogía para dar al traste con el experimento. “[El amor!, ¡siempre el amor atravesándose en el sendero de las grandes empresas!” (365, 387)

Amor y pedagogía, presentados en el título como términos antitéticos, aparecen a lo largo de la obra como un *ritornello* que sostiene machaconamente la incompatibilidad de ambos.

La primera aparición del amor es el entrometimiento con que desbarata la elección de la madre adecuada del genio. Esta será la representante del amor a lo largo de todo el proceso educativo y también a lo largo de toda la obra. Y al calor de este amor nacerá el amor en Apolodoro.

Como no podía ser de otra manera, la novela no se reduce a la mera realización del primigenio y totalmente monolítico plan de Avito. Al padre corresponde la pedagogía y la madre aportará el amor. De manera que el crecimiento de Apolodoro no será unidireccional (pura y sola ciencia y pedagogía) sino que irá siempre acompañado del contrapunto del sentimiento, del amor.

Durante los primeros estadios del proceso, Avito condesciende con esta duplicidad considerándolo un puro estadio pasajero hasta que aparezca la “conciencia reflexiva”, momento en que lo tomará totalmente de su cuenta. Pero esto tampoco llegará a suceder, porque con la conciencia aparece la personalidad individualizada e independiente del niño que seguirá bebiendo de ambas fuentes (padre y madre) y, en definitiva, de todas las que se le presenten, y que al final se enamorará. Este acontecimiento crucial, que representa el momento más agudo de la crisis, deja a Avito sumido en la perplejidad, en una especie de callejón sin salida: “¡Se ha enamorado! Y ahora, ¿qué hace la pedagogía?” (366) En su cabeza no cabe que amor y pedagogía puedan darse la mano, son excluyentes absolutamente. En ello aparece claramente el extremismo científico-pedagógico de Avito, quien no hace concesión alguna a ninguna otra dimensión del hombre que no sea la racional. La tiene tomada con el amor y no se da cuenta de que lo que él pretende es sencillamente irrealizable: no hay manera de que funcione solo la pedagogía, es imposible aislarla de las relaciones humanas. El diálogo con don Fulgencio, al que pertenece la cita anterior, es claro al respecto:

- ¡Se ha enamorado!, ¡se ha enamorado!, ¡se ha enamorado! No vamos a tener genio...
- ¿Es que los genios no se enamoran?
- No, los genios no pueden enamorarse.” (366)

Para Avito, el amor es siempre enemigo de la ciencia. “El amor es anti-pedagógico, anti-sociológico, anti-científico, anti... -todo.” (387)

Mientras que para Apolodoro, quien al saberse correspondido por Clarita “se siente genio” (368), es evidente la necesidad de morirse cuando el amor nos falta. Es precisamente la ciencia lo que destruye al hombre, porque no le hace feliz. Y así, en su última conversación con don Fulgencio le espeta a este: “entre usted y mi padre me han hecho desgraciado.” (383)

Las concepciones de Avito y de Apolodoro a este respecto (la relación entre amor y pedagogía) son diametralmente opuestas:

- “...conozco mi enfermedad.
- Sí, el amor.
- No, la pedagogía.” (388-389)

e irreductibles:

- “...no haremos con la pedagogía genios mientras no se elimine el amor.
- ¿Y por qué no hacer del amor mismo pedagogía, padre?” (390)

Y aquí Avito no puede por menos de reconocer que quizá se trate de una buena idea (aunque la olvida, pues con su nieto se propone repetir el experimento).<sup>3)</sup>

Antes de quitarse la vida, Apolodoro, en un monólogo en que se dirige a Clarita, resume su concepción sobre la vida humana y la relación entre amor y pedagogía en el proceso de formación de la persona humana:

“¡Pudiste redimir de la pedagogía a un hombre, hacer un hombre de un candidato a genio..., que hagas hombres, hombres de carne y hueso; que con el compañero de tu vida los hagas, en amor, en amor, en amor y no en pedagogía!” (394)

Que podría resumirse, de forma simplista, diciendo que para ser genio hay que ser primero hombre, o en otras palabras, que la categoría hombre es más extensa que la categoría genio.

Y así llega el desenlace final y fatal. Apolodoro se suicida. Y tras la emotiva escena de la reacción de sus padres (que recuerda lo experimentado por el propio don Miguel en 1897), Unamuno cierra la novela con la frase: “El amor había vencido” (395). Expresión que indica claramente que Unamuno nos presenta en la novela un conflicto, una lucha entre el amor y la pedagogía.

#### 4. Propósito de Unamuno

La mayoría de los estudiosos coinciden en sostener que en *Amor y pedagogía* Unamuno realiza una burla del cientifismo decimonónico, que es una parodia del positivismo científico.<sup>4)</sup>

*Amor y pedagogía* es la segunda novela de Unamuno y surge en los años inmediatamente posteriores a su crisis de 1897. “En los años que siguieron a esta crisis, el Unamuno positivista se derrumbó. Los conocimientos científicos comenzaron a parecerle insuficientes para resolver lo que él consideraba el anhelo fundamental del hombre: su ansia de inmortalidad”. (Rubio Tovar 1987: 22)<sup>5)</sup>

Por ello Unamuno caricaturiza los programas científicos en auge desde finales del XIX: el krausismo, el darwinismo<sup>6)</sup> y el positivismo.

En la novela, la pedagogía aparece exageradamente polarizada, se ignora un aspecto esencial para que sea completa. Pues como sostiene Serrano “el pedagogo debe ayudar al alumno a conocerse a sí mismo, con sus límites y capacidades, y ejercer su libertad, cosa que no hacen don Avito y don Fulgencio, que pretenden a toda costa lograr un genio, ignorando las

capacidades y la naturaleza de Apolodoro.” (2012: 2). Avito simboliza el fanatismo científico y pedagógico, que no tiene en cuenta para nada el amor, la “dimensión espiritual” de la persona.

La novela es, pues, una especie de farsa trágica en la que Unamuno critica la manía pedagógica, el método científico que niega o que ignora la función del sentimiento, del corazón, como componente fundamental del crecimiento humano, y que acaba por reducir el saber a una mera comprensión y explicación racional y puramente mecánica de la realidad, del universo todo.

Avito, representante genuino y extremo del mundo rigurosamente organizado del saber científico, atemperado por la filosofía de don Fulgencio, fracasará estrepitosamente en su intento de lograr un genio científico. Porque, en definitiva, se trata, para Unamuno, de una pedagogía mal entendida, sacada de su justo medio; si bien conviene señalar que “no se trata de una negación total de la educación sino de aquella que es reducida al cientifismo” (Goicoechea Gaona y Fernández Guerrero 2014: 49)

¿Y cuál dice don Miguel que es su propósito?

En el Prólogo a la primera edición (supuestamente escrito por un crítico, en tercera persona) se dice claramente y hasta por dos veces que “No se sabe bien qué es lo que en ella se ha propuesto el autor” (305, 306) y se califica la novela, también por dos veces, de “lamentable, lamentabilísima equivocación (de su autor).” (305, 307)

A pesar de ello el mismo Unamuno reconoce que la novela es un ataque. “A muchos parecerá esta novela un ataque, no a las ridiculeces a que lleva la ciencia mal entendida y la manía pedagógica sacada de su justo punto, sino un ataque a la ciencia y a la pedagogía mismas, y preciso es confesar que si no ha sido tal la intención del autor –pues nos resistimos a creerlo en un hombre de ciencia y pedagogo–, nada ha hecho, por lo menos, para mostrárnoslo.” (305)

Y admite asimismo que se trata de una burla o sátira<sup>7)</sup>. “Antójasenos que por debajo de todas las bufonadas y chocarrerías, no siempre del mejor gusto, se delata el culto que, mal que le pese, rinde a la ciencia y a la pedagogía el autor de esta obra. *Si de tal modo se revuelve contra el intelectualismo* es porque lo padece como poco españoles puedan padecerlo. Llegamos a sospechar que empeñado en corregirse, se burla de sí mismo.” (308)<sup>8)</sup>

Reconoce pues claramente que se revuelve contra el intelectualismo, y que burlándose de la ciencia y la pedagogía, se burla en cierto sentido de sí mismo, pues dicha burla no está realizada desde la ignorancia, sino, precisamente, con pleno conocimiento de causa. Y así, en el *Prólogo-epílogo* a la segunda edición (escrito 32 años más tarde y ya en primera persona) confiesa: “Y esta observación [sobre el disparate científico en la novela acerca del peso específico del agua] la hago como pedagogo y para que no se crea que mi actitud respecto a la pedagogía



se debe a mi ignorancia científica.” (315-316)

Donde lo vemos reconocer que ha tomado una actitud crítica o negativa frente a la pedagogía. Así que podemos afirmar que *Amor y pedagogía* es, también en la intención de Unamuno, una fuerte sátira dirigida contra el cientifismo reinante.

Pero es más que eso. En el mencionado *Prólogo-epílogo* a la segunda edición, Unamuno nos dice que en *Amor y pedagogía* “está en germen –y más que en germen– lo más y lo mejor de lo que he revelado después en mis otras novelas.” (312) Precisamente por haber sido escrita tras su crisis espiritual tiene ese cariz programático respecto a su pensamiento posterior.

Confiesa que no escribió la novela como un manifiesto, sino como una reflexión personal e íntima y por ello la dedicó “al lector”, y no a los lectores. “Y en ello mostré mi propósito de dirigirme a la íntima individualidad, a la individual y personal intimidad del lector de ella.” (313)

¿Y qué es lo que le dice?

Unamuno caricaturiza una determinada actitud científica y pedagógica. Y es propio de la caricatura exagerar, deformar lo que quiere representar. Pues bien, la pedagogía a que tanto se alude, en realidad no es tal; está exagerada y deformada hasta el extremo de que está truncada, ya que queda reducida a mera educación científica, con “métodos” científicos, de conocimientos científicos.

Esto no puede ser, y evidentemente no es, auténtica pedagogía. El pedagogo era el encargado de “conducir o llevar a los niños a la escuela” (de ahí “guiar a los niños” y “ciencia que estudia la educación”). Y a este sentido amplio es al que se refiere, pues aunque parezca lo contrario, en la novela no aparecen cuáles son o en qué consisten las técnicas pedagógicas empleadas en las diversas clases que Apolodoro recibe (ni siquiera las de la escuela).

A Unamuno le interesa lo que subyace o debe subyacer a todas ellas, la pedagogía en general entendida en sentido amplio como formación del hombre como hombre, como educación humana, que no se puede reducir nunca a un mero “enseñar conocimientos”.<sup>9)</sup>

“Realmente el Unamuno filósofo que ahonda sus raíces del pensamiento en la dimensión espiritual y cultural del hombre concibe la educación como un instrumento de humanización de la sociedad y de la dignificación de la existencia humana. Por ello, la ciencia defrauda el espíritu profundamente humanista de Unamuno, porque reduce las pasiones y los sentimientos a productos meramente materiales, y anula los anhelos trascendentes de la persona.” (Ladrón de Guevara 2001: 410)

El fin primordial de la pedagogía es formar al hombre integral, sin privarle de su *vertiente espiritual*. La educación debe potenciar el desarrollo de la persona, el desarrollo del conjunto

de las cualidades específicamente humanas. Caricaturizando la ciencia y la pedagogía, Unamuno nos quiere poner en guardia frente al peligro de deshumanización a que conduciría esa pedagogía “sacada de su justo medio”.

## 5. Actualidad del tema

En nuestra época contemporánea donde, al parecer, cuenta más el saber científico y técnico que la formación humanística, *Amor y pedagogía* ¿tiene alguna relevancia? ¿Aporta algo? ¿Podemos traer esa crítica unamuniana a nuestro tiempo?

Ya Unamuno realizó una primera reflexión sobre la actualidad del tema treinta años después, en el *Prólogo-epílogo* a la segunda edición. Vislumbra ya la terrible tragedia (tanto nacional como después mundial) que se avecinaba, y manifiesta su rechazo ante cualquier forma unidireccional de pedagogía:

“Y si hace más de treinta años medité dolorosamente sobre el amor y la pedagogía, cuánto tengo ahora que meditar sobre el amor y la demagogía (con i). El pobre don Avito Carrascal quiso de su hijo, mediante la pedagogía, hacer un genio, y nosotros queremos hacer, mediante la demagogía, de nuestros hijos, y lo que es peor, de los hijos de nuestros prójimos, de sus padres naturales y espirituales, unos ciudadanos. Unos ciudadanos republicanos o monárquicos, comunistas o fajistas, creyentes o incrédulos...” (310)

“El niño es del Estado, y debe ser entregado a los pedagogos –demagogos– oficiales del Estado, a los de la escuela única. «¡Pobre conejillo! ¡Pobre conejillo!», exclamaba Apolodoro en la policlínica del doctor Herrero, adonde le llevó su padre a ver los conejillos –cuines– en quienes se hacían experiencias patológicas.” (313)

En la década siguiente (1936-1945) se hicieron realidad, desgraciadamente, los peores temores. Han transcurrido otros setenta años desde aquellas catástrofes y seguimos expuestos a los peligros de una pedagogía unidireccional, a los peligros de entender la pedagogía como manipulación, dirigida al modelado de individuos: ya se trate de formar genios, ciudadanos o, simplemente, individuos controlados.

Nadie duda de la importancia política de la pedagogía, de la importancia que la pedagogía tiene para el poder. El control de la educación, de la “formación” de los niños es uno de los

poderes, de los “derechos” que se arroga el Estado. Solo los regímenes totalitarios “programan” la educación infantil (tipo lavado de cerebro; pero negar la educación, mantener en la ignorancia –por ejemplo, a la mujer, aunque no solo a ella– es también una forma de control); en las democracias no se admite una tal programación a las claras, es algo más sutil pero, en definitiva, ¿no hay también un control estatal? Se sigue intentando educar “buenos (entiéndase dóciles) ciudadanos”.<sup>10)</sup>

Pero también seguimos expuestos a los peligros de la formación cientifista, que quizá deberíamos denominar tecnológica. Como hemos visto, el objetivo de la novela era poner en guardia, mediante la burla y la caricatura, frente al cientifismo decimonónico. O mejor dicho: Unamuno ataca, hasta con ensañamiento, esa mentalidad científica y pseudo-pedagógica.

Los éxitos indiscutibles, tanto a nivel teórico como experimental o práctico, logrados por las ciencias positivas trajeron el auge de la mentalidad científica que acaba por desembocar en el cientifismo: lo único que vale es la ciencia positiva cuyos métodos han de ser extendidos a todos los dominios de la vida intelectual y moral. Unamuno critica esta posición extrema porque, para él, el cientifismo lleva a la deshumanización. Su crítica es extremadamente dura, quizá porque también él estuvo un tiempo bajo la influencia de sus cantos de sirena, y ya se sabe que nadie es más crítico con una doctrina que el “converso” de esa doctrina.

La actitud de Unamuno, a mi entender, no es sino reflejo de un intenso debate entre, por decirlo de forma simplista, partidarios a ultranza de la ciencia positiva y humanistas. Debate vigente desde finales del XIX y dentro del cual hay que contextualizar *Amor y pedagogía*.

El vertiginoso y apabullante progreso exitoso de la ciencia moderna, acompañado de un no menos deslumbrante desarrollo tecnológico, a lo largo del siglo XX ha traído consigo el silenciamiento de ese debate. En mi opinión, dicho debate hoy simplemente no existe como tal, o al menos parece como si no existiera, quizá por incomparecencia de uno de los contendientes, pues tengo la impresión de que el humanismo ha lanzado la toalla y se ha retirado del debate. Pero por otra parte, dudo que el hombre actual se considere a sí mismo, expresamente, cientifista, aunque en el fondo lo sea. Porque creo que lo que se ha producido es la implantación, más o menos solapada, de la mentalidad cientifista<sup>11)</sup>. Y de ahí, precisamente, la validez de la crítica de Unamuno y la actualidad de *Amor y pedagogía*, novela en la que “Unamuno reivindica el papel del amor y de los afectos como guía valiosa para desenvolverse en la existencia...” (Goicoechea Gaona y Fernández Guerrero 2014: 57). O sea para educar al hombre hay que atender a todas sus dimensiones; también a su dimensión espiritual o inmaterial y que como tal no es susceptible de aprehensión y comprensión *científicas*.

“Se puede y se debe educar con amor. La educación desligada de la emoción, la formación científica o técnica desprovista de una emoción por parte de quien la enseña y quien la aprende estará vacía, será repetitiva, memorística y pasiva, y no podrá ser denominada verdadera educación o formación integral de la persona.” (Goicoechea Gaona y Fernández Guerrero 2014: 57)

## 6. Reflexiones finales para profesores en activo

Para quienes nos dedicamos a la enseñanza, esta obra de Unamuno nos invita a hacernos una serie de preguntas: ¿estamos formando hombres? ¿estamos formando personas? ¿o solo formamos individuos, miembros de la sociedad? La cuestión es relevante, y no solo para quienes –como es mi caso– pertenecen al campo de las humanidades, desde el cual uno se siente inclinado a responder en sentido afirmativo que procuramos educar personas; sino para todo educador porque se puede dar el caso de que tal vez de modo inconsciente estemos contribuyendo a “cosificar” a nuestros alumnos.<sup>12)</sup>

Aun a riesgo de parecer cursi, quiero concluir señalando la idoneidad y conveniencia de hacerse niño con los niños (sin querer con ello menospreciar o infravalorar a los estudiantes universitarios). Dicha teoría, como hemos visto, es de don Fulgencio:

“Aquí, aquí está todo, Avito, ¡aquí está todo! ¿Usted no recuerda haber sido niño, usted no lleva dentro al niño, usted no ha sido niño, y quiere ser pedagogo? ¡pedagogo quien no recuerda su niñez, quien no la tiene a flor de conciencia! ¡pedagogo! Solo con nuestra niñez podemos acercarnos a los niños.” (346)

Y sobre todo recordando la necesidad de ***enseñar con amor***, recogiendo aquel grito desgarrador de Apolodoro: “¿Y por qué no hacer del amor mismo pedagogía, padre?” (390)

## NOTAS

- 1) Debido a la abundancia de referencias, en el texto voy a incluir únicamente el número de página correspondiente de García Blanco, Manuel (ed.) *Obras completas de Don Miguel de Unamuno, II Novelas*, Madrid, Escélicer, 1967.
- 2) Actitud que evoca tanto a los peripatéticos, como las actividades al aire libre, de contacto con la naturaleza, de la Institución Libre de Enseñanza.

- 3) De hecho, en el *Epílogo* de la novela, amor y pedagogía vuelven a aparecer como elementos antitéticos: Avito decide repetir en su nieto el experimento poniendo buen cuidado para que el amor no interfiera. "...y le educaré, sí, le educaré..., le educaré... Y no volverá a pasar lo que con Apolodoro ha pasado, no, no volverá a pasar lo mismo, te lo juro... Le educaré, sí, le educaré con arreglo a la más estricta pedagogía, y no habrá don Fulgencio ni don Tenebrencio que me le eche a perder, ni se rozará con otros niños. Le educaré yo, yo solo, que de algo me ha de servir la experiencia de lo pasado; le educaré yo y este sí que saldrá genio, Petrilla; te aseguro que tu hijo será genio, sí, le haré genio, le haré genio y no se enamorará estúpidamente; le haré genio." (402)
- 4) Según Elizalde, la novela "ciertamente, viene a resultar una burla cruel contra el cientifismo y principalmente contra la idea de regirnos por normas de razón" (1983: 169). Y Rubio Tovar sostiene que "pretende ser una sátira contra las teorías científicas aplicadas a la pedagogía tal y como se practicaba en el siglo XIX." (1987: 32)
- 5) La novela parece que quiere poner sobre el tapete este verdadero problema del hombre, y en este sentido se expresa don Fulgencio (¿portavoz de Unamuno?) cuando le habla a Apolodoro del erostratismo: "El erostratismo es la enfermedad del siglo, la que padezco, la que te hemos querido contagiar" (383). Y da la impresión de que a eso se reduce el experimento pedagógico: hacer un genio que por serlo alcance fama y sea recordado –alcance la inmortalidad en el recuerdo de los otros.
- 6) Don Fulgencio "tiene en su despacho, junto a un piano, un esqueleto de hombre con chistera, corbata, frac, sortija en los huesos de los dedos y un paraguas en una mano y sobre él esta inscripción: *Homo insipiens*, y al lado un desnudo esqueleto de gorila con esta otra: *Simia sapiens*, y encima de una y otra una tercera inscripción que dice: *Quantum mutatus ab illo!*" (336)
- 7) García Blanco nos informa de que en carta a su amigo Jiménez Ilundain (19 de octubre de 1900), don Miguel le anuncia que quiere "ensayar el género humorístico" (1967: 13-14). Se propuso, pues, escribir una obra en clave de humor, pero le salió un tragedia tremenda.
- 8) El subrayado es mío.
- 9) Y menos si los conocimientos quedan reducidos a *datos* que se almacenan en la memoria. Hoy día esto no interesa: la memoria, el almacén de datos está fuera de nosotros, basta un aparatito para acceder a ellos en cualquier momento.
- 10) Se antoja una tarea harto difícil ver la diferencia, en cuanto al contenido, entre "ciudadanos" y "súbditos", palabra esta a la que aquella presuntamente ha sustituido. Pero como no es mi propósito ahondar más en esta dimensión política, voy a dejarla ahí, simplemente esbozada.
- 11) A este respecto es significativo constatar la prioridad cuasi absoluta de que gozan las ciencias en los planes educativos de un país como Japón, donde las humanidades están siendo relegadas a un muy difuminado segundo plano.
- 12) Ahora que se busca tanto la uniformidad: programas, contenidos, currículos, exámenes, baremos,

valoración, etc., deberíamos preguntarnos qué es lo que en realidad se pretende. ¿No estaremos contribuyendo a la *cuantificación* de la enseñanza, a la *mecanización* de la pedagogía?

## BIBLIOGRAFÍA

- Cifo González, Manuel (2003): “El problema de la educación a los ojos de Miguel de Unamuno. Análisis de sus planteamientos educativos a propósito de Amor y pedagogía”  
Digitum: Depósito de la Universidad de Murcia  
<http://hdl.handle.net/10201/14508>
- Elizalde, Ignacio (1983): *Miguel de Unamuno y su novelística*, Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa, San Sebastián.
- Goicoechea Gaona, María Ángeles y Fernández Guerrero, Olaya (2014): “Filosofía y educación afectiva en Amor y pedagogía de Unamuno”. *Teoría de la educación. Revista Interuniversitaria*, 26, 1-2014, 41-48.  
<http://revistas.usa.es/index.php/1130-3743/article/view/teoredu20142614158>
- Ladrón de Guevara López de Arbina, Ernesto (2001): “El pensamiento pedagógico de Miguel de Unamuno”. *Revista Española de Pedagogía*, 220, año LIX, 403-420.
- Rubio Tovar, Joaquín (1987): *Introducción a Miguel de Unamuno*. “San Manuel Bueno, mártir”, Castalia, Madrid.
- Serrano, Anastasio (2012): “Análisis y significación de Amor y pedagogía de Unamuno. Erudición y crítica”  
<http://erudicion.blogspot.jp/2012/06/analisis-y-significacion-de-amor-y.html>
- Unamuno, Miguel de (1967): *Amor y pedagogía*, en García Blanco, Manuel (ed.) *Obras completas de Don Miguel de Unamuno, II Novelas*, 305-430, Escélicer, Madrid.

(Fernando Blanco Cendón 外国語学部教授)